

Sr. Director Espiritual de la Venerable y Fervorosa Cofradía del Stmo. Cristo de la Caridad en el Misterio de su Sagrada Mortaja, María Stma. de la Piedad, San Bernardo y Santa Ángela de la Cruz.

Sr. Presidente del Consejo Local de Hermandades y Cofradías.

Sr. Hermano Mayor y Junta de Gobierno de la Cofradía de la Sagrada Mortaja.

Sres. Hermanos Mayores y Juntas de Gobierno de las Hermandades y Cofradías de Algeciras.

Sras. y Sres., familia, fieles devotos de Santa Ángela de la Cruz, amigos todos.

En primer lugar, quisiera daros mi más sincero agradecimiento a todos los presentes, por asistir y dedicar unos instantes a escuchar algunos fragmentos de la vida de Santa Ángela y de mis propias vivencias con ella a través de esta humilde exaltación, que espero no os defraude y os llegue al corazón, pues este ha sido el motor que ha impulsado las letras que ahora con cariño os transmito.

Gracias también al Hermano Mayor y a la Junta de Gobierno de esta Cofradía, por haber pensado en mí para estar hoy aquí ante vosotros y ante la imagen de Santa Ángela de la Cruz,

para que de este modo podáis conocer así un poco más acerca de ella y del inmenso regalo que nos dejó con su obra.

Gracias a mi presentador, mi tío Luis, integrado en el mundo cofrade, que me conoce desde que nací y al cual me une una estrecha relación familiar, estando siempre presente, en los malos y en los buenos momentos vividos.

Cuando se me propone exaltar a Santa Ángela de la Cruz, no os voy a engañar, mi primera reacción fue decir que no, pero no por temor a hablar en público, ya que debido a mi profesión estoy más que acostumbrado, sino porque a lo que no estoy acostumbrado es a hacerlo desnudando mis intimidades y más aún, por temor de no estar a la altura de una exaltación merecida por Santa Ángela.

Aunque enseguida y sobre todo al ver la emoción con la que mis padres, a los que quiero con locura, recibieron la noticia, comprendí que hoy tenía que estar aquí y si ella había querido que así fuese... ¿quién soy yo para contradecir su voluntad?...por ello Sor Ángela te pido disculpas por esa primera reacción, que nada más lejos de parecer arrogante, era una especie de miedo escénico a contar nuestras vivencias en común.

En estos momentos me siento afortunado y muy feliz de poder compartir con todos vosotros un trocito de mi vida, pues son muchísimas las experiencias y momentos vividos con ella, que intentaré resumirlos en los que más mella han hecho en mi persona.

Casi sin darme cuenta, cuando escribía estas letras iba sustituyendo inconscientemente la palabra “Santa” por la palabra “Sor”, y es que yo tenía tan sólo cinco años cuando vi por primera vez a Sor Ángela, he crecido rezándole y llamándola diariamente Sor Ángela, Sor Angelita en los momentos de más angustia y también en los innumerables momentos de gracia, pues es así como día tras día comienza mi oración hacia ella, pidiéndole perdón por mis errores y dándole las gracias por todo lo concedido, lo que tengo y lo que soy.

Es así, que se me hace muy extraño a mis 42 años llamarla de otra manera.....es como si en algún momento de mi vida hubiese tenido que dejar de llamar a mis padres papá y mamá y llamarlos por su nombre.....por ello os pido que no os molestéis si continuo dirigiéndome hacia ella de este modo...

El 30 de enero del año 1846, un gran acontecimiento que da lugar en la Plaza de Santa Lucía número 5 de Sevilla, cambiaría de manera significativa esta maravillosa ciudad, y el rumbo de millones de fieles católicos y no tan católicos con el nacimiento de María de los Ángeles Guerrero González, Sor Ángela, bautizada en la Iglesia de Santa Lucía, tres días después de su nacimiento con el nombre de María de los Ángeles Martina de la Santísima Trinidad.

La pila bautismal utilizada, aún se conserva en la casa natal.

Nació en el seno de una familia muy modesta y pobre, hija de Francisco Guerrero, un cardador de lana, natural de Grazalema, que emigró a Sevilla y de Josefa González, sevillana, con la que tuvo catorce hijos, de los cuales ocho fallecieron siendo niños, cosa por desgracia normal en aquellos tiempos.

José, Antonio, Francisco, Joaquina, Dolores y nuestra entrañable Santa alcanzaron la edad adulta.

Su padre falleció siendo Sor Ángela una niña, mientras que su madre, una mujer colmada de virtudes y de profunda devoción religiosa, se encargó de criar y sacar adelante sola a sus seis hijos trabajando duramente de sol a sol, dándoles una educación basada en la piedad y la familia. Su madre murió siendo anciana, lo que le permitió conocer la gran obra de su hija Angelita.

La educación escolar recibida por Sor Ángela fue muy básica, dado que con la temprana edad de doce años, tuvo que ponerse a trabajar para ayudar en casa, como aprendiz en un taller de confección de calzado, regentado por Doña Antonia Maldonado, una mujer también piadosa y de fuertes convicciones católicas, que seguro nuestro Padre puso en su camino.

Esta mujer le permitía a Sor Ángela compaginar sus labores como “zapaterita”, así la comenzaron a llamar entre los que la conocían, y su vocación religiosa, con el rezo del rosario al finalizar la jornada laboral.

En aquel taller permaneció prácticamente hasta los 29 años.

Menudita, vivaracha, alegre, capaz de adivinarle a su madre los deseos en la mirada y rápida en cumplir los encargos era Angelita.

A los quince años dormía encima de una tabla sobre la cama y con una piedra como almohada. Lleva un cilicio a modo de escapulario y otro escondido debajo del pelo.

Todos los viernes, Angelita ayuna por devoción a los dolores de Cristo y daba su comida a los pobres. Los sábados, lo hacía en honor a la Virgen.

Tan chiquitita de cuerpo y tan grande de alma...

Una tarde, al final de la jornada en el taller, las chicas subieron a rezar el rosario como era habitual, pero sin embargo a medio rosario, no saben que se oyó, pero todas sienten como un pequeño latigazo de luz.

Angelita arrodillada, está suspensa, elevada sobre el suelo.

Atónitas, interrumpen el rezo, callan y nadie dice nada.

Doña Antonia, la regente, acudirá con la primera luz del día al confesionario de Don José Torres Padilla para contar lo ocurrido con su oficiala más joven.

Sor Ángela contaba por aquel entonces con dieciséis años.

El padre Torres, Canario de nacimiento, llegó a Sevilla con 23 años, conocido también como el “Santero” por su fama de hacer santos e indudablemente los hacía.... Andaba siempre por mortificación con los ojos fijados en el suelo.

No dudó en querer conocer a Angelita y así fue....

Durante la visita el Padre le pregunta:

Hija, ¿a qué enemigo del alma tienes que temerle más?

Angelita responde rápida:

Al demonio,

Y el Padre responde:

No, hija; al mundo ... Ese es el más formidable enemigo.

El Padre Torres se convirtió en su confesor y director espiritual. Con diecinueve años, Sor Ángela pone en conocimiento de su confesor su voluntad de querer ser monja, tiene devoción!

El Padre Torres escribe unas letras de recomendación para la superiora de las Carmelitas Descalzas en el año 1865, pero Angelita no es admitida por miedo a que su endeble cuerpo no aguantase las duras faenas propias de una monja en ese convento de clausura.

Cuatro años más tarde, hubo un segundo intento pero esta vez en monjas de vida activa, las Hijas de la Caridad y aunque su salud le falló de nuevo, le conceden el pase al noviciado y le visten el hábito, aunque no por mucho tiempo, ya que al empeorar los dolores de estómago que venía soportando y tras los fracasados traslados a Cuenca y Valencia por el cambio de clima, regresa de nuevo a su Sevilla natal dónde debe abandonar el convento.

Milagrosamente Sor Ángela sana de sus dolores comiendo fritura de bacalao cubierto de masa, lo que conocemos hoy día como “pavías”.

Tras dos decepciones a ser monja en el convento, finalmente el uno de noviembre de 1871, María de los Ángeles Guerrero a los pies de Jesucristo Crucificado, promete vivir conforme a los consejos evangélicos y será monja fuera, monja en el mundo!!

Al ver a mi Señor crucificado deseaba con todas las veras de mi corazón imitarle, conocía con bastante claridad que en aquella cruz que estaba frente a la de mi Señor debía crucificarme con toda la igualdad que es posible a una criatura; y en lo íntimo del alma sentía un llamamiento tan fuerte para hacerlo así, con unos deseos tan vivos y una ansia tan vehemente y un consuelo tan puro, que no me quedaba duda que era Dios quien me convidaba a subir a la cruz.

Desde este momento y por autorización del Padre Torres, fue conocida como Ángela de la Cruz.

Angelita se pasa las pocas horas que le deja libre el taller escribiendo, le asalta constantemente un pensamiento: “Hay que hacerse pobre con los pobres...” Para entenderles hay que ser como ellos, cultivar la pobreza.

El Padre Torres, mientras tanto se acomoda en una familia de albañil situada en la placita de Santa Marta.

Desde aquí, el Padre Torres la invita a que vaya diariamente a su casa a la salida del taller e incluso los días de fiesta a Santa Marta, dónde podría escribir sin que nadie la molestase.

En aquella placita pequeña, sin salidas, con seis naranjos en torno a una cruz de piedra, a la luz de aquella ventana, Ángela de la Cruz escribe horas y horas en hojas gruesas de papel de barba dobladas y cosidas para formar cuadernillos, lo que serían los planos de su obra para los pobres.

Y precisamente aquí, en la placita de Santa Marta, es dónde quizá le late a Sevilla el corazón y sin lugar a duda la fuente de inspiración de Ángela de la Cruz.

Curiosa casualidad esta, que yo vine a conocer años más tarde del nacimiento de mi hija, la que después de todas las posibilidades barajadas, casi sin saber muy bien el porqué, fue bautizada con el nombre de Marta.

*Algo grande, lo más grande que tengo en mi vida me une de una manera especial y sentimental a Sor Ángela, tanto ella como yo tenemos nuestra fuente de inspiración y base de nuestros proyectos el nombre de **“Marta”***

Desde aquí te pido una vez más, Sor Ángela que nunca la abandones y sigas guiando a mi niña, por el camino recto que ha de continuar colmándola de virtudes para convertirla en una buena persona, más aún de lo que ya es... Ilumínala para que siga brillando...

Angelita sabe cómo quiere sus conventos y así lo escribe, ella quiere sus monjas al servicio de los pobres, desprendidas de todo han de ser, hasta de ellas mismas, sin tener más ropa que la puesta, ocultas y desconocidas y sin ninguna apariencia que las haga más particulares que las demás....de vida extraordinaria por su penitencia y su obediencia. Y es precisamente su propia apariencia sin embargo, la que las hace sin quererlo, diferentes.... organizadas, salen a la calle de dos en dos, en busca de enfermos y pobres, de personas necesitadas, en situaciones realmente críticas.

Rara vez van solas, con hábito rústico en color marrón, delantal de cañamazo, una cuerda bien gruesa a la cintura, escapularios y un crucifijo grandecito. Por supuesto, las características alpargatas de esparto negras, llueva o haga sol, siempre las calzan.

Y me detengo aquí, para revivir el primer recuerdo que tengo de Sor Ángela la primera vez que la vi.

Contaba tan sólo con cinco años de edad, pero ese recuerdo pervive en mi memoria nítido y claro como si hubiese sido de esta misma mañana.

Entré con mis padres en el convento y a lo lejos, nada más entrar sentía como una luz llamaba poderosamente mi atención y la curiosidad de un niño a esa edad...imaginaros...

Recuerdo el altar, muy iluminado sin ninguna luz artificial que lo alumbrase, poco a poco fui bajando la mirada, deslumbrado por ese haz de luz que parecía el propio sol en sus primeros rayos de una mañana de verano, hasta llegar al recogido cuerpo de Sor Ángela, tan pequeña, tan serena y tan llena de paz...

Me acerqué, me postré de rodillas ante ella en la barandilla y a un escaso metro de separación la notaba respirar. En esa urna de cristal, recuerdo que veía como su pecho respiraba de manera tranquila y plácida. En ningún momento tuve la sensación de que Sor Ángela ya no estaba físicamente con nosotros como una más, sino de que estaba dormida, descansando sosegadamente y llenándome de paz, pues esta es la sensación que sigo percibiendo 37 años después, cada vez que voy a visitarla.

Al salir del convento, es como si fuese flotando, el atravesar la Calle Santa Ángela de la Cruz, es como hacerlo subido en una nube, casi sin poner los pies en el suelo.

Esa sensación no la he experimentado jamás, tan sólo ella es capaz de hacerme sentir así.

Enlazando este episodio personal, con la descripción que os hacía del hábito que Sor Ángela planeaba para sus monjas, lo que a mi más me llamó la atención del hábito aquella primera vez que la ví, fueron precisamente sus pies, seguramente yo a mis cinco años ya calzaba un número mayor que ella. Esos pequeños pies, reposaban el uno sobre el otro dentro de sus alpargatas de esparto negras... que aún hoy me siguen causando muchísimo respeto. Cuantas casas habrán tenido la fortuna de que dichos pies hayan pisado sus suelos, bendiciendo con cada pisada todos los rincones de esas moradas.

La oración de Sor Ángela debe ser continua, a imitación de los ángeles que bajan del cielo para aliviar nuestras penas sólo cuando Dios se lo manda. Así ellas, solo para aliviar a sus hermanos deben interrumpir su oración.

Ellas deben ser los ángeles de este mundo, que lleven el consuelo a todas partes y para muestras, las propias hermanas de la Cruz dispersas por Sevilla en busca de pobres, enfermos y desvalidos abandonados, como si de un comic o de una película propia de nuestro siglo se tratara, son unas auténticas heroínas en busca del bien eliminando cualquier resquicio de mal.

Y es que no todos los ángeles tienen alas...

Uno de mis más antiguos recuerdos en relación con nuestra Santa, es esa enorme puerta del convento realizada en madera, con una cola sin fin de personas, ancianos, hombres, mujeres y niños aguardando a que las hermanas les entreguen una bolsa con comida.

El sonido de la campana si la puerta está cerrada, cuyo eco retumba por todos los rincones del convento y te ofrece unos segundos para que tu cuerpo y tu mente se preparen para recibir esa experiencia de paz, y sin querer voy notando como me estremezco para doblegarme ante nuestra Madre.

Mi primera vez en el convento, recuerdo como siendo yo un enano escurridizo pude acercarme hasta el lugar dónde hoy día se entregan las reliquias y las estampas de Sor Ángela, nada más entrar a mano izquierda. Allí había dos hermanas con un saco grande de panadería lleno de bollos de pan, y mientras una cortaba los bollos, la otra hermana los iba untando con quesitos, me acuerdo perfectamente de ello, un bocadillo y un zumo por persona estaban entregando en ese momento...

Dicha estampa, la he visto repetida en innumerables ocasiones, por ello cada vez que acudo al convento, que es a menudo, pero no todas las veces que me gustaría, contribuyo con una limosna para los pobres, que deposito en aquella cajita de madera que aún sigue existiendo nada más entrar.

Cuando no tenía recursos y era estudiante, eran mis padres quién me daban la limosna para ayudar a las hermanas, hoy soy yo quien se la da a mi hija para que ella contribuya... incluso ya

ella cada vez que vamos a visitar a Sor Ángela, prepara el día anterior su monederito con la limosna para los pobres.

El próximo 24 de noviembre, Dios mediante, acudiremos a tu encuentro en Sevilla, con la Cofradía de Medinaceli y Esperanza y desde aquí quiero dar mi agradecimiento a su Hermana Mayor por tener siempre en consideración mi situación personal a la hora de establecer esta visita anual.

Qué bonito y como me enorgullece que sea ya la tercera generación en mi familia la que TE tiene devoción, Sor Ángela, gracias por seguir tirando de nosotros.

Cuando las hermanas enfermen de cama, nadie entrará a verlas, y si en su última hora alguna pide morir en la tarimita en la que duerme, se le concederá.

Su mortaja será el propio hábito y nadie la velará, solo el Padre.

*Angelita continua escribiendo sus planos de cómo será el convento y sus monjas, y por fin en el 1875, Angelita Guerrero dio a luz en Sevilla **“La Compañía de las Hermanas de la Cruz”**. Al igual que Jesús nació en Belén, San José buscaba un refugio la noche del parto de María y Jesús nació en un portal, al igual que nació La Compañía de la Cruz, pobre y sin recursos.*

A finales de junio del año 1875, el padre Torres le pidió a Angelita que dejara el taller para concentrar sus fuerzas en el proyecto de La Compañía de la Cruz.

En menos de un mes lo tenía todo a punto, se levantarán a las cuatro de la mañana y estarán en oración hasta las seis y media, que irán a misa. Té o café para desayunar con algo de pan duro, los domingos sopitas o migas. Hasta las ocho podrán arreglar la casa, será a esta hora cuando la Hermana Mayor le dirá a cada una dónde debe ir, a visitar a los enfermos, a hacerles la cama, asearles el cuarto... y la casa de La Compañía siempre abierta a los pobres que vengan por comida o ropa.

A las diez de la noche, después de rezar cinco padre nuestros, sobre sus tarimitas dormirán hasta las cuatro del día siguiente.

Tanto la comida como la cena serán ligeras, ensalada, gazpacho, te o un poco de potaje, eso sí, que de lo que haya coman hasta quedar satisfechas.

Si por la noche hay que ir a velar a algún enfermo acudirán.

Cuatro mujeres fervientes, forman la primera patrulla de La Compañía de la Cruz, junto con Sor Ángela, Josefa de la Peña, franciscana bienestante, decide en contra de su familia vender sus bienes y poner el dinero a disposición de La Compañía.

Dos muchachas pobres, sencillas y buenas complementarán la patrulla, Juana María Castro y Juana Magadán.

Alquilan su primer “convento”, un cuartito con derecho a cocina en la Calle San Luis, número trece. En el centro de la habitación, una mesita con media docena de sillas viejas, un arca en el rincón como ropero, un pequeño crucifijo clavado en la pared con una estampita de la Virgen de los Dolores. Debajo cuatro esterillas enrolladas... servirán de cama.

El dos de agosto de 1875, festividad de nuestra Señora de los Ángeles, se produce la inauguración oficial del Instituto de la Cruz y en la Navidad de ese mismo año estrenan el hábito que perdurará hasta nuestros días. En esa Navidad se les fotografía y aparece el primer retrato de Sor Ángela vestida de monja, retrato sencillo, sereno y dulce que seguramente todos los aquí presente hemos visto en alguna ocasión.

Le falta un mes para cumplir treinta años.

¿Por qué las Hermanas de la Cruz ganan la simpatía de las gentes, resucitan en quien las contempla el optimismo, la fe en los valores nobles de la vida, en el amor, en la amistad, y consiguen que a su lado nos sintamos nuevos, transfigurados, espirituales?

Porque todos percibimos que ahí tenemos algo nuestro, una astilla de nosotros mismos.

Porque de algún modo nos pertenecen.

Han renunciado a sí mismas por nosotros.

Están expropiadas para utilidad pública.

Madre Angelita la van a llamar. También Sor Ángela, pero, sobre todo, Madre.

Tan sólo un regalo pidió Sor Ángela en su vida y este fue que le trajesen a su Convento, ya domiciliado en otra dirección, más grande y con un número mayor de Hermanas, a su Virgen de la Salud, a la que de pequeña le rezaba en la parroquia de Santa Lucía.

Quizá porque le rezaba de pequeña diciéndole Madre, ahora que las hermanas le dicen Madre a ella, se sentirá más segura teniendo la Virgen a su lado.

La Virgen de la Salud, es la que desde entonces preside el altar donde yace nuestra Santa, una Madre que acompaña a otra Madre en el duro peregrinar de sus hijas para afrontar la misión de la Cruz.

La Virgen de la Salud llega pobre al convento, pero pronto le bordarán sayas en oro, camisas de seda y le colgarán unos pendientes y un collar.

Talla pequeña, pero repleta de detalles realizados por las Hermanas con amor, a la que la Hermana Ana le arrebató el niño de entre sus brazos para colgarle una cruz y una corona. Y es que Sor Ángela por confidencias le contó a la Hermana Ana, que cuando piensa en la Virgen no la ve sosteniendo un niño, sino ocupadas las manos con una cruz y una corona, indicando a sus hijas que el camino del amor es la penitencia.

Es imposible estar delante de Sor Ángela rezando y no alzar la mirada para intercambiar unas palabras con su Virgen de la Salud, es como si la propia Sor Ángela te forzase inconscientemente a ello, no sé si a vosotros os pasa... a mí sí.

Los años siguientes son años duros de cólera y epidemias. Los hábitos pardos de las Hermanas de la Cruz andan mezclados con los uniformes de los guardias civiles en los puntos de mayor peligro y de este modo, Sor Ángela decide crear internados para recoger a niñas que han quedado huérfanas.

La obra de Madre se propaga por toda Sevilla, Andalucía y Extremadura a la velocidad del rayo, abriendo nuevas casas conventos e internados para niñas. Hoy día, su obra está presente en conventos de España, Argentina e Italia.

Y así, el 7 de junio de 1931, Madre se desplomó al levantarse de la mesa, debido a una embolia cerebral gravísima.

A sus 85 años de edad, sólo quedaba saber si el desenlace vendría rápido.

*El 28 de julio perdió definitivamente el habla, sus últimas palabra fueron **“No ser, no querer ser; pisotear el yo...”***

Después de 9 meses de dura enfermedad, el día 2 de marzo de 1932, Sor Ángela muere a las tres menos veinte de la madrugada.

La vieron de repente alzar el busto, alzar los brazos hacia el cielo, abrir los ojos, sonreír dulcemente..., suspiró tres veces y se apagó para siempre...

¿Para siempre?, en mi opinión personal Sor Ángela nunca se apagó, simplemente se marchó de este mundo terrenal para comenzar a iluminar nuestros corazones con su bondad y con su amor.

“De este mundo te marchaste a un mundo NO terrenal,

para abrigar corazones con tu cruz y tu bondad,

no nos dejes Madre Mía, nunca de desamparar,

pués el amor de tus hijos siempre contigo tendrás,

y aunque vengan días duros y piense que ya no estás,

no me lo tengas en cuenta,

porque tú, Sor Ángela siempre estarás!!”

Era un miércoles, y hasta el sábado, día en el que se le da santa sepultura, los estamentos de Sevilla se mezclan para decirle adiós.

Sevilla por unanimidad le regala una calle, y de este modo, el nombre de la calle Alcázares donde murió Sor Ángela, se cambia por el de Sor Ángela de la Cruz, para pasar a llamarse hasta nuestros días Calle Santa Ángela de la Cruz.

El 5 de noviembre de 1982, es beatificada y el 4 de mayo de 2003 canonizada, ambos acontecimientos por el Papa Juan Pablo II.

Sor Ángela, es uno de los pilares de mi vida, a ella me encomiendo varias veces al día, siempre en mi mente. Nadie nos quita esos 20 minutitos de charla y de oración camino del trabajo, es como si después de eso ya pudiese comenzar el día, ya estoy preparado para lo que venga y si algo falla o no sale bien...tu estarás ahí.

No sé muy bien que sucedió en ese primer encuentro contigo cuando era un niño, pero si se lo que ocurrió después, he experimentado como la fuerza de mi fe en ti ha ido creciendo y consolidándose con los años, como a partir de ese primer momento, cada año le pedía a mis padres que me llevaran a verte, una vez finalizaba el curso escolar para darte las gracias por cómo había salido todo. Incluso el 31 de octubre del año 1988, me fue publicada una petición en la revista que las Hermanas publicaban con los favores de Sor Ángela de la Cruz y allí íbamos los cuatro, con mi hermano, en ese Renault 5 sin aire acondicionado bajo los 40 grados de tu Sevilla, a verte, recuerdo que esperaba ese momento con gran alegría y emoción, el olor especial que se respira cuando se entra en la calle Santa Ángela de la Cruz... hasta nervioso me ponía por el hecho de encontrarnos cara a cara cada año.

Afortunadamente, las cosas cambiaron en ese sentido y el ir a Sevilla, hoy día, es un paseo que nos permite poder disfrutar de tu solemnidad cada vez que quiero, aunque reconozco que aún sigo teniendo tales sensaciones.

En mi casa, preside una escultura fiel a tu imagen en la entrada, regalo del Padre Llanes, que ya está gozando de tu gloria junto a ti. Ni mi hija ni yo, entramos, ni salimos de casa sin darle un beso a tu imagen, incluso nos hemos vuelto para hacerlo, cuando algún día por las prisas hemos salido sin dártelo, solicitando siempre tu protección al salir y dándote las gracias por regresarnos a casa.

El escapulario que llevo sobre mis hombros, quién te iba a decir a ti, tocayo, que cuando lo estabas confeccionando con tus propias manos, un día se te pediría para que me acompañase en un momento delicado y no lo volverías a ver, aunque pienso que el fondo ya sabías que no volvería.

Nada hay en lo que me hayas fallado, siempre dándome fuerzas, a veces difícil de encontrarlas, y entendiendo con paciencia el buen sentido de los hechos aunque en el momento nos desubiquen, por muy nublado que esté siempre existe un ápice de luz y detrás de dicho ápice siempre aparece tu rostro.

Yo te habré fallado tantas veces..., que por eso te ruego sigas mostrándome diariamente ese aliento de fe en ti...

*Dios, de toda bondad
que iluminaste a
Santa Angela Virgen
con la sabiduría de la cruz,
para que reconociese a tu Hijo Jesucristo
en los pobres y enfermos abandonados
y los sirviese como humilde esclava,
concédenos la gracia
que te pedimos por su intercesión en esta novena.
Así también, inspira en nosotros
el deseo de seguir tu ejemplo,
abrazando cada día nuestra propia cruz,
en unión con Cristo crucificado
y sirviendo a nuestros hermanos con amor.
Te lo pedimos por el mismo Jesucristo,
Hijo tuyo y Señor nuestro.
Amén.*